

6º. Domingo de Cuaresma. Año B. Domingo de Ramos
Lectio divina sobre Mc 14,1-15,47

Los relatos de la Pasión nacieron de la necesidad sentida por la generación de los testigos de la Resurrección de explicarse el sentido de la muerte trágica de Jesús: quienes aseguraban haberlo visto vivo, por fuerza tenían que decir que había muerto ajusticiado y, sobre todo, narrar las circunstancias de esa muerte en forma tal que se hiciera plausible, a ellos y a sus oyentes, su propia experiencia pascual. Para que el relato resultara convincente, debía transparentar un significado que no se agotase en la crónica de lo sucedido. Marcos lo logra insistiendo en una narración de los hechos que deje bien sentado el cumplimiento de la Escritura (Mc 14,27.62; 15,34): Dios lo había así determinado y ya había sido incluso preanunciado por el mismo Jesús (Mc 8,31; 9,11; 10,33-34).

La cruz, escándalo para la fidelidad de los discípulos antes que dificultad para la fe de los oyentes posteriores, es el momento supremo de la revelación de la divinidad de Jesús (Mc 15,39). Quien crea en el Crucificado, creará en el Hijo de Dios; el auténtico creyente fue quien, no habiendo convivido con Jesús, fue testigo de su muerte y proclamó su divinidad. Debería dar que pensar a cuantos se escudan en una convivencia prolongada con Jesús para no tener que aceptar su cruz. El discípulo de Cristo que recuerda hoy el trágico fin de su Señor debería ser más consciente del final, tan ridículo como trágico de sus primeros discípulos: no se ha de hacer la ilusión de ser mejor que ellos. La cruz de Jesús sigue siendo su asignatura pendiente.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

A Marcos le debemos la más antigua crónica escrita de la pasión y muerte de Jesús. Aunque siga la secuencia probable de los hechos y su narración sea escueta, casi notarial, no es un simple diario de lo acontecido. Llama la atención que apenas mencione cómo los sucesos narrados afectaron a los protagonistas, Jesús incluido (salvo la escena de Getsemaní: Mc 14,32-42) o que se demore en detalles 'irrelevantes' (p. es., los ultrajes antes y durante la crucifixión: Mc 15,16-19.29-32), inverosímiles (el desgarrar del velo del templo: Mc 15,38) o vergonzantes (la traición de Pedro y los demás discípulos: Mc 14,10-11.17-21.26-31.66-72), mientras que el hecho mismo de la muerte sea despachado con un preciso "eran las nueve de la mañana cuando lo crucificaron" (Mc 15,25). A los primeros cronistas no les interesaba tanto narrar lo que ya conocían sus oyentes, cuanto explicarles su transcendencia; se fijaron, pues, en hechos en los que vieron mejor cumplidas las profecías antiguas: mostraron así que lo sucedido a Jesús seguía un preciso plan de Dios.

La inminencia de la fiesta judía y la conjura de las autoridades (Mc 14,1-2) son el punto de partida del relato: Marcos abre el relato vinculando Pascua y muerte de Jesús, una muerte que será buscada "con engaño" y cálculo. A este sombrío inicio se contraponen el piadoso, poco entendido, gesto de la mujer en Betania, que se anticipa a ungir el cuerpo de Jesús preparándolo para su sepultura (Mc 14,3-9). En contra de la opinión de sus discípulos, Jesús acepta el costoso gasto: los pobres pueden esperar (Mc 14,7), aunque no Judas, que se apalabra por dinero entregar a su maestro (Mc 14,10-11). Estas tres breves escenas introducen bien la crónica: todos están preparados, los verdugos, la víctima y el traidor.

El relato de la cena pascual (Mc 14,12-31) nos presenta a Jesús completamente consciente de lo que va a sucederle y dueño de los acontecimientos: sabe dónde celebrar la pascua y manda prepararla (Mc 14,12-16); predice, antes (Mc 14,17-21) y después (Mc 14, 26-31) de instituir la eucaristía (Mc 14,22-25) la traición de Judas, la desbandada de todos, la repetida negación de Pedro. Solo, aunque aún acompañado, Jesús culmina con el gesto de extrema comunión, la gesta de su vida: entregarse, anticipadamente, por todos en el pan y el vino que reparte. Y, ¡atención!, lo hace aún sabiendo que no son dignos, porque conoce que no le serán fieles.

Habiéndose entregado a los íntimos en el cenáculo, será detenido, inmediatamente después, por los adversarios en un huerto (Mc 14,26-31). Pero Getsemaní no es lugar solo de la traición y del prendimiento, es el lugar de la tentación suprema: mientras Jesús lucha por sobrevivir y librarse de la voluntad de su Padre, sus discípulos duermen... , y calla Dios. A Jesús no le queda más remedio que "no hacer lo que él quiere" (Mc 14,36) para mantenerse hijo de Dios y entregarse "en manos de los pecadores" (Mc 14,41). De ahí que se deje traicionar con un beso (Mc 12,45), apresar por un gentío armado (Mc 14,48), abandonado de Dios y de sus seguidores.

La crónica del proceso, central en el relato de la pasión, es más detallada. En realidad, son dos los procesos a los que es sometido. Ante el sumo sacerdote (Mc 14,53-72), en su palacio, Jesús no elude responder a la cuestión, central en el evangelio pero cuya solución ha sido retrasada hasta este momento crucial por el redactor, sobre su identidad: es el Mesías, tiene el poder de Dios a cuya diestra está sentado y vendrá de nuevo (Mc 14,61-62). Por inapropiada, al confesión en semejante circunstancia la libera de todo equívoco. Así lo entienden sus jueces que lo

condenan por blasfemo. "Mientras" – y es un acierto del narrador – Pedro estaba muy ocupado renegando de su Señor delatado por su forma de hablar y acosado por una sierva; su triple negación sigue literalmente el vaticinio de Jesús (Mc 14,30.72). Condenado a muerte por las autoridades judías (Mc 14,64), es llevado ante Pilato (Mc 15,1-20), ante quien se cambia con dolo la acusación para lograr que ordene la ejecución: el blasfemo contra Dios es presentado como sedicioso político. Jesús parece menos interesado en responder a preguntas mal formuladas y no explica a Pilatos si, o cómo, es rey de los judíos (Mc 15,2.4). Repudiado por su pueblo (Mc 15,13) queda a merced de la soldadesca que lo ultraja con parodias y burla (Mc 15,16-20). Jesús reacciona con el silencio, sin perder la dignidad, asumido ya su destino.

Sigue la escena de la crucifixión y muerte (Mc 15,21-41), centrada en más en lo anecdótico que en lo esencial: en el camino hacia la cruz le dan un 'cirineo' y un brebaje que lo alivie antes de la ejecución; se reparten sus vestidos y lo crucifican entre dos ladrones. Crucificado sigue siendo escarnecido: no hay soledad más grande que la de quien se siente abandonado incluso de su Dios (Mc 15,34), mientras los espectadores repiten burlándose a gritos el cargo por el que ha sido ajusticiado (Mc 15,32). La muerte es narrada con neutral precisión, "a eso de las tres" (Mc 15,34.37) se oscurece el cielo, se rompe el velo del templo y el pagano lo confiesa como hijo de Dios. Tal escenificación puede ser, desde el punto de vista histórico, poco plausible, pero la intención del narrador es clara: en el momento de mayor debilidad e impotencia, cuando Jesús muere abandonado por los suyos y repudiado por su pueblo, es posible la fe en su divinidad (Mc 15,39). No fueron los milagros ni su predicación, no fue el discipulado ni la admiración que suscitaba Jesús la patria del creyente, sino la muerte en cruz.

Una breve escena, la de la sepultura (Mc 15,42-47), cierra la crónica de la pasión de Jesús. Que se rodara la piedra sobre la entrada de la tumba de Jesús señala, fehacientemente, el triunfo de la muerte sobre Jesús y de la infidelidad sobre sus discípulos. Aunque ejemplar, la papel de las algunas mujeres que hacen de sepultureras confirma la autenticidad de la muerte de Jesús y el silencio de Dios.

II. **MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

Tras haber escuchado, una año más, la crónica de la Pasión de Jesús sería más apropiado dejarse llevar por el corazón y silenciar toda palabra que nos aleje del drama de la cruz e impida contemplar a Cristo y éste crucificado; con frecuencia se entiende mejor aquello de lo que menos se habla y más se contempla con respeto. Además, sobre la muerte y el dolor no solemos hablar con gusto: "el hombre moderno, no obstante sus conquistas, roza en su experiencia personal y colectiva el abismo del abandono, la tentación del nihilismo, lo absurdo de tantos sufrimientos físicos, morales y espirituales"; y no logra dar un sentido a tanto dolor ni se atreve ya a considerar que "todos estos sufrimientos han sido asumidos por Cristo en su grito de dolor y en su confiada entrega al Padre". Ni siquiera nosotros mismos, cristianos que vamos a celebrar la Pasión de Jesús como nuestra salvación, estamos convencidos de que, en ella y por ella, "la noche se convierte en día, el sufrimiento en gozo, la muerte en vida" (Juan Pablo II).

No debería sorprendernos demasiado esta nuestra incapacidad de situar en la cruz de Cristo nuestra salvación: la muerte de Jesús en cruz fue, cuando acaeció y continúa siéndolo hoy, un escándalo. Como los primeros discípulos de Jesús, los creyentes seguimos resistiéndonos a aceptar que su muerte violenta e injusta sea el camino escogido por Dios para venir en nuestra ayuda; no logramos entender que un destino tan ignominioso fuera inevitable ni comprendemos que el amor que Dios nos tiene tuviera que manifestarse en hechos tan desgraciados. La muerte de Jesús, innecesaria y gratuita como toda muerte, se nos hace más ilógica por lo brutal de sus circunstancias y la injusticia que la provocó. Cuesta trabajo admitir que tras la cruz de Cristo estuvo Dios.

Aunque no es lo malo que no logremos entender la razón de semejante muerte; peor es que no podamos solidarizarnos con quien la soportó. Sigue siendo una realidad entre nosotros lo que sucedió en vida de Jesús: los pocos seguidores que le acompañaron durante los últimos días en Jerusalén, no tardaron en abandonarle a medida que él se acercaba inexorablemente al Calvario. Entonces como hoy, el lugar de la muerte de Cristo es el lugar de la traición de cuantos le seguían: el entusiasmo que Jesús suscitó entre sus seguidores murió en ellos antes de que él muriera en un patíbulo; no valía demasiado la pena continuar siguiendo a quien iba a acabar tan malamente. Entendemos muy bien aquellos discípulos que no pudieron aguantar el espectáculo de la cruz: ¡tanto nos parecemos a ellos, que nos resultan hasta simpáticos!

Es posible, incluso, que nosotros hoy encontremos mayor dificultad aún, ya que en nuestros días la muerte es una realidad que olvidar, siempre que no nos ataña, y la injusticia un desorden del que desentenderse, siempre que no nos toque a nosotros. Compartimos con los primeros cristianos esa radical repugnancia a comprender que en la muerte de Cristo obtuvimos vida sin fin y salvación definitiva. Y es que a base de recordar la muerte de Jesús como un hecho del pasado, de un tiempo que dista ya dos milenios de nuestros días, corremos el riesgo de no reconocer que nos atañe directamente: saber que fueron otros los que mataron a Jesús nos lleva a no sentirnos responsables de su muerte; poder decir que todo aquello sucedió hace siglos, en lugares muy distantes y siendo otros los

protagonistas, aleja de nosotros cualquier sentimiento de culpabilidad y alimenta nuestra indiferencia. Y logramos sentirnos libres del pecado que cometemos, o nos creemos superiores a las desgracias que causamos a los demás, sólo porque nos resistimos a sabernos salvados en la cruz de Cristo. Porque, querámoslo o no, para quien la cruz no sea salvación, no dispondrá de otra - no ya de una mejor - oportunidad de sentirse salvado por Dios.

Somos, pues, los creyentes hoy, como los discípulos ayer, los peores enemigos, los más recalcitrantes, de la salvación que Dios ha pensado y realizado en la cruz de Cristo. Huye de nosotros la potencia de Dios, si se nos escapa de las manos, y del corazón, la cruz de Cristo; renunciando a ella, logramos ciertamente hacer más comprensible nuestro Dios, sin caer en la cuenta que un Dios a la medida de nuestro entendimiento no puede ser auténtico; un Dios que cupiera en nuestro corazón y que se acomodara a nuestros deseos, no sería mayor que nuestro corazón ni mejor que nuestros anhelos. Que no logremos entender al Dios que nos ama en la cruz de Cristo, no nos impide el sentirnos amados; que la cruz de Cristo sea la prueba de su cariño, no la hace más inteligible, pero sí que la presenta más fehaciente: nunca nos hubiéramos imaginado nosotros tamaño amor.

Contra la cruz se estrellan todos los intentos que el hombre emprende para domesticar a Dios; en la cruz quedará siempre a salvo, inalcanzable y soberana, la libertad personal de Dios; en la cruz ha demostrado Dios su empeño en sernos fiel aun en contra de nuestras reticencias. Y no es lo peor que la opción por la cruz, tomada por Dios, choque con nuestra incompreensión; más grave es que dejemos de sentirnos amados por Dios por menospreciar el modo que Él eligió: si despreciamos la cruz de Cristo, si la olvidamos o silenciamos, ¿cómo podríamos captar las razones de Dios, las razones de un amor que se ha dejado ver sólo en la cruz de Cristo?; nadie puede jamás sentirse realmente amado por Dios, si no acepta su forma de amarnos. Sería, pues, una verdadera lástima que, por no cabernos en la mente, lo rechazara nuestro corazón: poner objeciones a la cruz de Cristo significaría poner objeciones a la salvación de Dios.

Y sin embargo, ello es tan antiguo como lo es el seguimiento de Jesús. Desde que llamó a unos hombres a que compartieran con él destino y forma de vida, proyectos y existencia diaria, se encontró con personas que le siguieron hasta la cruz, pero sólo hasta ella; allí le dejaron solo todos; quien más le prometieron fidelidad, con más ahínco le negó; uno de los que había distinguido con mayor intimidad fue quien le entregó. La convivencia prolongada día y noche no bastó; el conocimiento adquirido en largas caminatas predicando el reino fue insuficiente; el entusiasmo y la fe no alcanzaron: ante la cruz sólo un desconocido, que, para mayor vergüenza de los discípulos, fue el responsable de la crucifixión se hizo creyente.

El fin de Jesús, que supuso el final de cuantos le siguieron, debería darnos que pensar: a cuantos nos escudamos en una convivencia de siempre con Jesús para no tener que aceptar su cruz, nos tendría que impresionar que todos los discípulos fracasaron allí donde un pagano resistió. Marcos nos ha recordado que el primer cristiano nació cuando un hombre confesó a Cristo moribundo como Hijo de Dios. El discípulo de Cristo que recuerda hoy el trágico fin de su Señor debería ser más consciente del final, tan ridículo como trágico de sus primeros discípulos: no hay razón para creerse mejores de los primeros. La cruz de Jesús sigue siendo su asignatura pendiente: en ella está la prueba de la fidelidad de Jesús y en ella se ha de probar nuestra fidelidad a él. Tenerlo en cuenta nos ayudaría a celebrar con más responsabilidad estas fiestas: nuestra fe no estará fuera de duda hasta que no aceptemos la cruz de Cristo.
